

Vivamos con seriedad la Semana Santa

Q UERIDOS
HERMANOS Y
HERMANAS:

Con la bendición de los ramos iniciamos en este domingo la Semana Santa del año 2007. Vamos a revivir el Misterio Pascual de Cristo muerto y resucitado. Os invito a entrar de lleno en los misterios que constituyen el corazón de nuestra fe, a seguir al Señor en su entrada triunfal en Jerusalén, a penetrarnos de los sentimientos de Cristo, que intuye las negras asechanzas del sanedrín judío y la cobardía cómplice de Pilato. Os invito a vivir junto al Señor la intimidad de la última Cena, la angustia del prendimiento, el dolor de la flagelación, la coronación de espinas y el camino hacia el Calvario, la soledad y el abandono del Padre en el árbol de la Cruz y también la alegría indescriptible de su resurrección en la mañana de Pascua.

Al revivir un año más los misterios centrales de nuestra fe, la Iglesia quiere que nos impliquemos en el drama de la Pasión del Señor. No huyamos de ella como hicieron cobardemente los Apóstoles, ni nos excluyamos de este acontecimiento capital de la historia de la humanidad como quienes ven pasar a Jesús con indiferencia por la Vía Dolorosa o se contentan con contemplar con curiosidad el espectáculo de la Cruz. También en este año muchos hermanos nuestros fingirán no enterarse de la epopeya renovada de la Pa-

sión del Señor. Otros, sin embargo, –Dios quiera que sean todos los cristianos de la Diócesis– procurarán vivir en el silencio, la oración y el calor de la liturgia este nuevo paso del Señor junto a nosotros.

En las horas que transcurren entre el prendimiento del Señor y su sepultura hay dos personajes que viven con hondura suprema la Pasión del Señor: su madre y el Apóstol San Juan. Ellos nos señalan las únicas actitudes posibles en la vivencia intensa de la Pasión en el año 2007. Ellos no huyen ni se esconden, ni se limitan a contemplar pasivamente el drama del Calvario. Unidos al corazón del Cristo doliente, le acompañan en su Vía crucis y permanecen valientemente junto a la Cruz del Cristo agonizante. Que ellos, María y Juan, nos alienten y acompañen en nuestra vivencia intensa, cálida y comprometida de los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

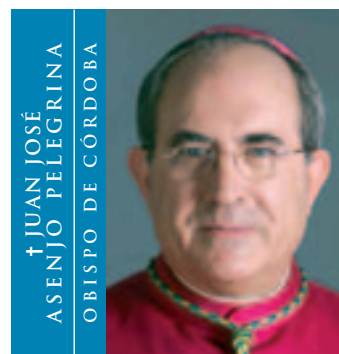
Entre el Domingo de Ramos y la mañana de Pascua, acontece la epopeya grandiosa de la Pasión, en la que Jesús nos lo da todo: su cuerpo y su sangre hasta la última gota, el mandamiento nuevo del amor, su Madre y su vida entera. Le quedaba sólo su espíritu y, antes de morir, lo pone en manos del Padre, para que se lo devuelva a los tres días en la madrugada de la Pascua florida, para entregarlo a la Iglesia el día de Pentecostés.

Este es, queridos hermanos y hermanas, el gran mis-

Hemos de pedir al Señor que toque y convierta los corazones de quienes han osado públicamente ofenderle y que crezca en nuestra Patria el respeto a los sentimientos religiosos de los creyentes.

terio que en esta Semana Santa estamos invitados a vivir con seriedad, en actitud contemplativa y participando en las celebraciones litúrgicas de nuestras parroquias. Que en estos días, busquemos espacios largos para la oración y el silencio, para recibir el sacramento del perdón, para agradecer al Señor su inmolación por nosotros y el sacramento de su cuerpo y de su sangre. Acompañemos también al Señor con recogimiento y sentido penitencial en las hermosas procesiones de nuestros pueblos y ciudades, que ante todo son actos de piedad, de catequesis y evangelización, y también llamada a la conversión. Participemos en ellas con emoción, pero como complemento de una participación previa, activa y gozosa en las celebraciones litúrgicas del Triduo Pascual, que son el memorial de la Pascua del Señor.

Termino con un ruego muy sentido. En las últimas semanas, en varios puntos de España, cercanos y lejanos, se han producido vejaciones reprobables y escandalosas de las imágenes sacrosantas del Señor y de la Santísima Virgen, e inclu-



† JUAN JOSÉ
ASEJO PELEGRINA
OBISPO DE CÓRDOBA

so del augustísimo sacramento de la Eucaristía, que a millones de cristianos nos han causado hondo dolor, pues Nuestro Señor Jesucristo y su Madre bendita lo son todo para nosotros. Por ello, al mismo tiempo que deploro estas ofensas a Dios y a los sentimientos religiosos de los cristianos españoles, ruego a los sacerdotes que den un sentido expiatorio y reparador a las Horas Santas y Vía Crucis previstos en sus parroquias, respectivamente en la noche de Jueves Santo y en la mañana de Viernes Santo. Pido también a los Hermanos Mayores de las Hermandades y Cofradías de toda la Diócesis, secundados por sus Consiliarios, que al comienzo de las estaciones de Penitencia de estos días santos señalen la misma intención, ruego que encomiendo también a la autoridad y celo de los Presidentes de las Agrupaciones. En todos los casos hemos de pedir al Señor que toque y convierta los corazones de quienes han osado públicamente ofenderle y que crezca en nuestra Patria el respeto a los sentimientos religiosos de los creyentes, condición inexcusable para una convivencia en concordia y en paz.

Para todos, mi saludo fraterno y mi bendición.

+ Juan J. Asejo
Ob. de Córdoba